

MUESTRARIO DE CRISTIANOS



EL GUAPO



¡ Hay que ver! Pulcro, bien trajeado, con el perfume pertinente, impecable. Parece un pincel. No es que sea guapo, que puede incluso serlo, es que da la impresión de que está encantado de haberse conocido.

¿Por qué, si no, cuida tanto su imagen?

Ahí está la madre del cordero. El guapo está pendiente de su imagen. Le importa tanto hacer las cosas como que se sepa que las ha hecho. No hará nada sin que quede la debida constancia gráfica o escrita. Una buena noticia o una foto oportuna pueden ayudar un montón. Ya está bien de zafiedad y de desaliño en las cosas de la Iglesia. Hay que dar buena imagen. O ¿es que el Reino de Dios no se lo merece? Y ahí está el guapo dispuesto a posar, a comparecer, a grabar y a lo que haga falta. Total que el guapo termina siendo una víctima. ¡ Alguien tiene que hacerlo! ¡Y bien de tiempo que se pierde en estas lides!

A pesar de tan resignados argumentos siempre hay en el comportamiento del guapo un tufillo de autocomplacencia. Como si se tratara de un buen servidor de sí mismo. Al ver sus idas y venidas, sus masajes y sus atildamientos, sin saber por qué, vienen a la mente aquellas ironías del Maestro sobre los fariseos que daban publicidad a cuanto hacían (Mt 6,2). Y que tanto se acicalaban antes de hacerlo.